



## SOBRE LA TASA DE HOMICIDIO

Por Eduardo Posada Carbó

Al cumplirse los tres años del actual Gobierno, la Fundación Seguridad y Democracia publicó un balance en el que se señalaba que, “de seguir la tendencia registrada en el primer semestre de 2005, la tasa de homicidio para este año, ... sería de 37,2, ... la más baja de los últimos diecinueve años”. Quizá esa no vaya a ser la tasa al final de diciembre, pero todo parece indicar que la línea continúa en descenso, así no sea tan pronunciado.

Es curioso que esta significativa mejora en los niveles de homicidio en Colombia atraiga tan poca atención. Hay que repetir y subrayar: si la tendencia se mantiene, cerraremos el 2005 con la tasa de homicidio más baja de los últimos 19 años. Y hay que subrayar porque mi impresión es que la importancia de este hecho no ha sido debidamente registrada en la opinión pública.

Ello se explica en parte porque las cifras siguen siendo altísimas: la gravedad aún extraordinaria del problema no admite complacencias, mucho menos celebraciones. Se impone, pues, la cautela ante una situación susceptible de revertirse. Y existen además manifestaciones adicionales de violencia horrenda que crispan a diario nuestros ánimos, aterrorizados, como las tragedias causadas por las minas antipersonas, la continuidad de los secuestros (también en descenso), o el movimiento de desplazados.<sup>1</sup>

Pero ello se explica también por la actitud de los críticos del Gobierno, reacios a reconocerle resultados a su política de seguridad democrática. Algunos controvierten las cifras, aunque, como observó un informe en *Hechos del Callejón*, “las diferencias sobre el tema no se centran si hay o no reducción de los homicidios en Colombia, aspecto en el que coincide, sino en la magnitud de dicha disminución y, especialmente, en la razón de la misma”.<sup>ii</sup>

Creo, sin embargo, que hay aquí algo más de fondo: el debate de opinión no parece otorgarle el peso debido a los movimientos de la tasa de homicidio.<sup>iii</sup> Lo que parece importar es el “conflicto”, cuyo comportamiento se supone independiente (falsamente) de la tasa de homicidio (a menos que se trate de homicidios “políticos”). Peor aún, parecería a ratos que una mejora en la tasa de homicidio es ajena, o marginal, a la condición general de los derechos humanos en Colombia.

\* \* \* \* \*

Regresemos al balance de la Fundación Seguridad y Democracia: “de seguir la tendencia registrada en el primer semestre de 2005, la tasa de homicidio para este año, ... sería de 37,2”. Para apreciar bien lo que ello representa, es preciso saber de dónde venimos.

Después de un período de relativo apaciguamiento, los niveles de homicidio se dispararon a partir de fines de la década de 1970, hasta llegar en 1991 – más de 28.000 asesinatos, o 79,3 homicidios por cada 100.000 habitantes, de lejos la tasa de homicidio más alta del mundo: “tres veces la de países particularmente violentos como Brasil y México, siete veces la de los Estados Unidos y 50 veces la de un país típico europeo” -.<sup>iv</sup> Hubo después una tendencia a la baja pero las cifras, en términos absolutos, volvieron

nuevamente a escalar hasta los 28.837 asesinatos en el 2002, o 66 homicidios por cada 100.000 habitantes.

Si esos eran los promedios nacionales, el problema ha sido por supuesto muchísimo más graves en unos sitios que en otros. Es difícil exagerar lo ocurrido en Bogotá, Cali o Medellín. En 1994, con más 11.000 asesinatos conjuntamente, en esas tres ciudades se cometieron entonces casi el 40 por ciento del total de los homicidios en el país.

Es, pues, a partir de tales dimensiones dramáticas como puede valorarse debidamente el significado de los descensos en la tasa de homicidio durante los últimos años.

Su caída fué más abrupta entre 2002 y 2003, pero su línea se ha mantenido en descenso. Además de indicar un respiro a la vida de miles y miles de colombianos, es una señal esperanzadora – aunque (hay que insistir para evitar equívocos en la argumentación) estemos lejos de resolver la gravedad del problema y la señal no sea consuelo alguno para los millares y millares de víctimas y sus familiares -. Las mejoras en Bogotá y en Medellín son especialmente notables. Desde 1993, la tasa de homicidio en Bogotá experimentó una reducción casi continua de 79,9 a 22,6 por cada cien mil habitantes en 2004. Hasta septiembre del 2005, sin embargo, los homicidios en Bogotá se habían incrementado de manera preocupante un 7 por ciento respecto del año anterior.<sup>v</sup> La caída del homicidio es un fenómeno más reciente en Medellín, aunque es voluminosa: mientras en 2002 se registraron allí más de 4.697 asesinatos, la cifra descendió a 1.517 el año pasado y ha seguido decreciendo en lo que va corrido del 2005.<sup>vi</sup>

\* \* \* \* \*

Las razones para tales descensos son, por supuesto, complejas y variadas. Se requeriría de una investigación más sistemática para su examen – que escapa al propósito de este ensayo -. Me parece, sin embargo, que la caída de la tasa de homicidio merece más atención pública y, con el fin de motivar una reflexión más amplia, adelanto unas breves observaciones adicionales.

Aunque parezca de Perogrullo, una indagación sobre las razones del descenso en la tasa de homicidio tendría que comenzar revisando las investigaciones producidas para explicar los orígenes del ciclo de violencia sufrido por los colombianos desde fines de la década de 1970. La literatura sobre la materia es extensa; la controversia ha sido intensa.<sup>vii</sup>

Entre las diversas explicaciones, las que me parecen más persuasivas son aquellas que les dieron relieve a las instituciones y, en particular, al papel de los agentes criminales. Según Alejandro Gaviria, por ejemplo, los narcotraficantes fueron directa e indirectamente responsables de aquel espiral ascendente de la violencia.<sup>viii</sup> No conozco estudios que hayan examinado el impacto del desmantelamiento de los grandes carteles de las drogas - o en general de las políticas del Estado contra el crimen organizado en las últimas década -, en las tasas de homicidio. Pero si la hipótesis de Gaviria es válida y las políticas del Estado han tenido algún éxito, uno podría esperar alguna correlación con los descensos de los homicidios – como, en efecto, creo, ha sucedido -.

Una proporción apreciable de la caída de las tasas de homicidio puede explicarse por su descenso en Bogotá y Medellín. Algunos analistas, como se advierte en un informe de *Hechos del Callejón*, sugieren que la reducción de la violencia en esas ciudades ha sido el

“resultado más de las políticas adoptadas por los últimos mandatarios locales... que de las políticas de seguridad democrática del Gobierno Nacional”.<sup>ix</sup> Sin restarle méritos a los programas de los alcaldes, tal contraposición me parece equivocada – las políticas nacionales que pudieron haber influido en los descensos del homicidio en Bogotá antecedieron además a la actual administración -. Y la reducción del homicidio en Medellín ha sido de veras notable a partir del 2002 – año en el que se alcanzaron a registrar, como ya lo anoté, más de 4.600 asesinatos. Este descenso es al parecer atribuible a la política de desmovilización de las Auc. Si ello es así, se estaría aquí corroborando la hipótesis de Mauricio Rubio: que un número contado de organizaciones criminales sería responsable de una alta proporción de los crímenes cometidos en Colombia.<sup>x</sup>

Lo que nos trae al “conflicto armado”, del que son parte las Auc, como lo son otras dos organizaciones criminales con fines revolucionarios, las Farc y el Eln.

Han sido muy pocos los intentos de examinar el impacto del conflicto en las tasas generales de homicidio. Se ha tendido a tratar el “conflicto” independientemente de la “violencia común”, hasta aceptar una nítida distinción (sin mayor sustento empírico) según la cual el primero respondería por el 15 por ciento de las muertes violentas, mientras el segundo por el restante 85 por ciento. Sin embargo, los pocos estudios que conozco al respecto – como aquellos en que ha participado Fabio Sánchez -, sugieren una estrecha correlación positiva entre el conflicto y las tasas de homicidio.<sup>xi</sup>

Más aún, es posible también inferir similares correlaciones a partir de los resultados de investigaciones que sólo se ocupan del conflicto. Me refiero en particular al ensayo de Jorge Restrepo y Michael Spagat, quizá la más seria evaluación que se ha hecho hasta

ahora de la política de seguridad democrática (en sus primeros dos años) – publicado recientemente en la prestigiosa revista del International Institute for Strategic Studies, *Survival* -.<sup>xii</sup> Restrepo y Spagat no examinan las tasas generales de homicidio; su atención está centrada en las víctimas (muertes y heridos) del conflicto. Sus conclusiones en ese ensayo fueron contundentes: las estadísticas “analizadas rigurosamente, muestran evidencia incompleta pero de todas maneras inequívoca que el gobierno de Uribe ha tenido significativos éxitos en la lucha contra la guerrilla mientras se han reducido las muertes de civiles [como causa directa del conflicto]”.<sup>xiii</sup> Su más reciente actualización muestra preocupantes tendencias: los indicadores parecerían ir en los últimos meses en “la dirección equivocada”, aunque todavía los niveles generales son positivos comparados con la situación del pasado.<sup>xiv</sup> Pero la coincidencia de una mejora relativa en los índices del conflicto y el descenso de la tasa de homicidio debería motivar más sistemáticas reflexiones.

\* \* \* \* \*

En este ensayo, sólo he querido subrayar la necesidad de prestar más atención a las mejoras de la tasa de homicidio desde el 2002. Que hoy tengamos la tasa de homicidio más baja de los últimos 19 años no puede pasar inadvertido. A pesar de que el problema sigue siendo extraordinariamente grave – y que, al lado de los homicidios persisten otras expresiones horribles de criminalidad violenta -, el significado de la abrupta caída del homicidio desde el 2002 tendría que ser mejor apreciado y, claro está, entendido. Con ello, insisto, no estoy sugiriendo ni actitudes complacientes o triunfalistas. Por el

contrario. Una actitud más celosa serviría para reforzar la tendencia descendente e impedir oportunamente que el ciclo vuelva a revertirse.

Dado que el homicidio es la más abierta y directa negación del derecho a la vida, lo que ocurra en este campo tendría que ser examinado de manera especial y prioritaria. Sería además quizá una forma apropiada para hacerle seguimiento a las políticas gubernamentales y juzgar sus resultados.

---

### Referencias bibliográficas

<sup>i</sup> “En Colombia caen tres víctimas de minas antipersonas diariamente”, *El Tiempo*, Noviembre 23 de 2005; “Los secuestros bajaron 58,2%, dice el gobierno”, *El País*, octubre 15 de 2005. Según el Observatorio de Derechos Humanos de la Vice-presidencia, el desplazamiento forzado se ha reducido un 28% en el curso del 2005, pero la cifra es controvertida por Codhes, organismo según el cual las cifras serían las más altas de los últimos tres años. Véase *El Tiempo*, octubre 27 de 2005.

<sup>ii</sup> “Los homicidios: entre su descenso y las nuevas opciones de seguridad”, *Hechos del Callejón*, abril de 2005, Número 2. Las mejoras reconocidas en este informe fueron corroboradas meses más tarde en el balance citado de la Fundación Seguridad y Democracia.

<sup>iii</sup> Algo similar sucede, creo, con la tasa de secuestro, cuya reducción ha sido también muy notable.

<sup>iv</sup> En Alejandro Gaviria, “Increasing returns and the evolution of violent crime: the case of Colombia”, *Journal of Development Economics* (2000), vol 61, p. 2.

<sup>v</sup> Fundación Seguridad y Democracia, “Coyuntura de seguridad” (jul-sept 04/ jul-sep 05), en [www.seguridadydemocracia.org](http://www.seguridadydemocracia.org). En su *Informe de Evaluación Primer Año de la Administración Distrital, 2004-2008*, el programa Bogotá Cómo Vamos ya había advertido con preocupación la desaceleración del ritmo de disminución de la tasa de homicidio en 2004, ver *idem.*, p. 35 (en [www.eltiempo.com](http://www.eltiempo.com)). De acuerdo con la Fundación Seguridad y Democracia, parte del alza de homicidios en Bogotá se explicaría por la “presencia cada vez mayor de estructuras de autodefensas, las cuales se vienen asentando en algunas zonas populares de la ciudad”; “Informe especial: Uribe tres años”, p. 4 [www.seguridadydemocracia.org](http://www.seguridadydemocracia.org).

<sup>vi</sup> Fundación Seguridad y Democracia, “Coyuntura de seguridad” (jul-sept 04/ jul-sep 05), en [www.seguridadydemocracia.org](http://www.seguridadydemocracia.org).

<sup>vii</sup> No es éste el lugar para una referencia exhaustiva, pero me remito a los trabajos de Fernando Gaitán Daza, Malcolm Deas, Mauricio Rubio, Gonzalo Sánchez, Armando Montenegro, Carlos Esteban Posada, y al informe de la Comisión sobre la violencia coordinado por Gonzalo Sánchez.

<sup>viii</sup> Gaviria, “Increasing returns and the evolution of violence”, p. 20.

<sup>ix</sup> “Los homicidios: entre su descenso y las nuevas opciones de seguridad”, *Hechos del Callejón*, abril de 2005, Número 2, pp 2-3.

<sup>x</sup> Véase su libro *Crimen e impunidad. Precisiones sobre la violencia* (Bogotá, 1999).

<sup>xi</sup> Véase, por ejemplo, Fabio Sánchez, Andrés Solimano y Michael Formisano, “Conflict, violent crime and criminal activity in Colombia” (Yale University, Octubre 2003) ([www.wider.unu.edu](http://www.wider.unu.edu)).

<sup>xii</sup> Restrepo y Spagat, “Colombia’s tipping point?”, *Survival* (verano de 2005), 47-2, pp. 131-152. Comenté una versión anterior de este ensayo en mi colaboración para la Fip, “Seguridad, civiles y conflicto”, en [www.ideaspaz.org](http://www.ideaspaz.org).

---

<sup>xiii</sup> *Idem.*, p. 132. Restrepo y Spagat observan que tales mejoras son subvaloradas por las organizaciones no-gubernamentales que tienden a tratar por igual toda suerte de denuncias sobre violaciones de derechos humanos. Así, la mejora en la tasa de civiles muertos en conflicto perdería valor ante las denuncias sobre detenciones masivas; *idem.*, pp 143-4. Para una crítica al manejo de las cifras por parte de las ONGs véase el artículo de Rafael Merchán, “ONG: ¿Objetividad No Garantizada? Y la respuesta de Teófilo Vásquez, “Las cifras de la violencia política en Colombia: un debate inacabado”, en *Semana.com*, “Debates”.

<sup>xiv</sup> Restrepo and Spagat, “The Colombian conflict: where is it heading?”, in [www.cerac.org.co](http://www.cerac.org.co). Ver también, M. Spagat, “Briefing on the Colombian conflict”, octubre 2005, in *idem*.